

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 10 Número 1 (Junio 2022)

Francisco Molina Moreno

"El canto de los bosques de Montenegro
(Leyenda)"¹

Para citar el artículo

Molina Moreno, Francisco. "El canto de los bosques de Montenegro (Leyenda)". JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 10.1 (2022):

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Ἔπος δ' ἐτίναξέ μοι
φρένας ὡς ἄνεμος κατ' ὄρος δρύσιν ἐμπέτων
(Safo, fragmento 47 Voigt)²

I

Como entre las personas, también entre los árboles surge la amistad. Cuentan que, cuando Tristán e Isolda murieron, de sus tumbas nacieron sendas hiedras que treparon por el ábside de la iglesia donde se les había enterrado, y se unieron en lo alto de la cúpula. Otros dicen que, sobre las tumbas de Tristán e Isolda, alguien plantó, respectivamente, una viña y un rosal, cuyas ramas se entrelazaron de manera que no se las podía separar³. Pero incluso entre árboles situados a una gran distancia pueden darse historias como la

que vamos a contar, que ocurrió entre un ciprés solemne y melancólico, y un álamo blanco, esbelto y vivaz.

Fue en Montenegro, un pequeño e irreductible país del este de Europa, un símbolo de resistencia indómita que el Imperio Otomano nunca logró conquistar, pues, según decían, en Montenegro, un ejército pequeño es derrotado, y uno grande muere de hambre⁴.

Montenegro estuvo, durante siglos, gobernado por príncipes-arzobispos que llevaban el título de *vládyka* (que significa “soberano”) y que concentraban el poder eclesiástico y el poder civil. Esta historia sucedió cuando el ya anciano, sabio y bondadoso *vládyka* Pétrar I Petrovič Njegoš regía los destinos de Montenegro, instruía y pacificaba, con mano de hierro bajo guante de terciopelo, a los turbulentos clanes nobiliarios y a las sencillas, pero bravías gentes del campo y de los montes, y mantenía a raya a los siempre acechantes enemigos del pequeño y agreste país.

II

El anciano *vládyka* tenía un sobrino, Rádoje, al que había elegido como sucesor. Era un niño inquieto y despierto que había estado, desde su primera infancia, escuchando el canto de los monjes, en el monasterio de Cétinje, y de los *gúslari* (plural de *gúslar*⁵, en serbio), cantores y recitadores de poemas que se acompañaban con las *gusle*⁶, antiguo instrumento de cuerda frotada de los eslavos del sur. Cuando el *vládyka* eligió a aquel niño como sucesor, decidió encargarse también, personalmente, de su educación.

—¿No sabes latín? —le había dicho—. Tendremos que poner remedio a eso, ¿no te parece?⁷

No iba a ser fácil, pensaban los monjes, instruir a aquel mozalbete que, ciertamente, era muy listo y despierto, pero también muy inquieto, bastante desordenado y muy impaciente por saberlo todo antes y con tiempo. Y el anciano *vládyka*, a pesar de toda su bondad, había ganado fama de ser muy severo y exigente cuando había sido maestro de novicios en el monasterio de Cétinje. Sin embargo, parece que el tío y el sobrino encontraron la horma de sus respectivos zapatos, y una estupenda complicidad surgió entre la sabiduría de uno y la curiosidad del otro, de manera que, más adelante, el *vládyka* afirmaría que no había tenido mejor discípulo que su sobrino, y Rádoje diría que no había tenido mejor maestro que su tío. Este puso a disposición del joven su valiosa biblioteca⁸, y allí se había formado, en las largas tardes de invierno, el que luego llegaría a ser,

andando el tiempo, uno de los más grandes poetas de su país, y el *vládyka* que ocuparía el trono de su tío y continuaría el trabajo de este.

Una de aquellas tardes de invierno, cuando el aguacero recorría los tupidos bosques que cubrían el monte donde se hallaba el castillo del *vládyka*, llegó a este uno de aquellos cantores que se acompañaban con las *gusle*. El *vládyka* lo acogió generosamente; siempre había apreciado el arte de aquellos poetas-músicos que conservaban la memoria de su pueblo, y con frecuencia los invitaba, además, para que su sobrino conociera la poesía, la historia y la música que aún no estaban recogidas en los libros. Aquella noche, mientras las bravías y ariscas cumbres de Montenegro desafiaban la galerna, el *gúslar* cantó, para el *vládyka*, su sobrino y los demás habitantes del castillo, una balada que él mismo había compuesto hacía mucho tiempo, en homenaje a otro *gúslar*, antepasado suyo, y a una joven que lo admiraba. Ninguna flor había llegado a abrirse entre ellos, a causa de una bárbara y monstruosa institución de aquellos pueblos, y el *gúslar* y la muchacha habían sido enterrados lo bastante lejos como para que no tuvieran ni siquiera la oportunidad de la viña y del rosal sobre las tumbas de Tristán e Isolda.

En aquel momento, el joven Rádoje, el sobrino del *vládyka*, conmovido como si él también hubiera vivido en primera persona una historia parecida, se levantó de un salto y gritó que prometía por su honor que, si él llegaba a suceder a su tío en el trono de Montenegro, acabaría para siempre con aquella detestable institución que rompía tantos corazones. El *gúslar* y el anciano *vládyka* lo miraron. Rádoje se quedó sin respiración, sosteniendo como podía la profunda mirada de los dos hombres. Era una gran descortesía interrumpir a un *gúslar*; Rádoje, por joven e inexperto que aún fuera, debería saberlo, pues había estado escuchando y admirando a los *gúslari* desde que era niño; ni siquiera el *vládyka* podía interrumpir a un *gúslar* y debía esperar a que este terminase, incluso si no le gustaba lo que estaba oyendo. Muy herida tenía que estar, en el alma de Rádoje, la cuerda que aquel relato había hecho resonar con tanta intensidad.

El *vládyka*, con la serena perspicacia que lo caracterizaba, y con simpatía ante aquel generoso arrebato de solidaridad adolescente, le dijo que él ya había tomado disposiciones para abolir aquellas atrocidades, con las que ya habían luchado sus predecesores, y pidió al *gúslar* que disculpara la interrupción y que continuase. El instrumento volvió a gemir, mientras el *gúslar* cantaba cómo, en el lugar donde había sido enterrado su antepasado, había nacido un ciprés solemne y melancólico como él, y, donde yacía su joven admiradora, un álamo blanco esbelto y vivaz como ella.

Al día siguiente, el *gúslar* partió. Había cedido la lluvia y amainado el viento, aunque las nubes seguían cubriendo el cielo y orlando las cumbres más altas de Montenegro. Desde las ventanas de la biblioteca, el joven Rádoje pensaba en el ciprés y en el álamo blanco de la canción del *gúslar* y observaba los densos bosques sobre los montes que dan nombre a su país. Se preguntó dónde estarían aquellos árboles y salió en su búsqueda.

III

Desde la puerta del castillo, ya a lomos de su caballo, Rádoje observó los montes. No sería fácil identificar el ciprés que buscaba entre todos los que abundaban en aquellos bosques. Sería mejor empezar por localizar un álamo blanco, pues destacaría entre los árboles de hojas más oscuras que predominaban sobre aquellos montes y habían dado pie a que Montenegro recibiera su nombre. Después, habría que buscar cipreses no demasiado lejos del álamo blanco. Tras examinar largamente el paisaje que podía divisar desde el castillo, le pareció distinguir una zona más clara; a aquella distancia, no podía asegurar que se tratase de álamos blancos; pero, para empezar su búsqueda, se dirigió hacia allí.

El caballo de Rádoje avanzaba al paso entre los árboles que, desde la altura de la sabiduría a la que los habían alzado los siglos, contemplaban, con aparente impasibilidad, las cruentas, ruidosas luchas que tenían lugar ante ellos y que, en realidad, les inspiraban pesadumbre y compasión hacia los humanos y demás animales que pelean y mueren en su presencia. En cambio, ellos, los árboles, al conservar y transmitir sus vidas, no hacen daño a otros seres vivos; son felices por ese motivo, porque no dan muerte a nadie para vivir, ni su felicidad se basa en la desgracia ajena, y por ello dan gracias a su Creador.

IV

Tras la lluvia de la víspera, el aire olía a petricor. Hacía frío; pero el viento estaba en calma. Sin embargo, de vez en cuando, llegaban ráfagas que hacían que el caballo, como si quisiera imitarlas, acelerase la marcha. Poco a poco, el viento fue levantándose, empezó a llover mansamente, y el caballo pasó al trote. La lluvia y el viento arreciaban. “—Quizá sería mejor volver al castillo...”, pensó Rádoje; pero el caballo se resistía, seguía trotando, parecía que había percibido algo y no quería dar la vuelta sin saber qué era. De pronto, a Rádoje también le pareció entrever algo, un súbito destello, como la ondulación de los

ropajes de alguien que corría y que se habría ocultado tras un árbol, para observarlos. El caballo lanzó un sonoro relincho y pasó al galope; a Rádoje le volvió a parecer que alguien corría entre los árboles, por delante de ellos, se detenía de vez en cuando y los observaba. Entonces la vio. Era una mujer joven, de una misteriosa hermosura, vestida de blanco, que lo miraba asomándose por detrás de un árbol y volvía a echar a correr con desconcertante ligereza.

V

La lluvia se convertía en aguanieve, y el viento arreciaba. Rádoje pensó que sería mejor volver, tiró de las riendas del caballo; pero este seguía galopando tras la mujer vestida de blanco que, de vez en cuando, se detenía, volvía la cabeza, los miraba, hacía un gesto de afirmación y seguía corriendo. Rádoje se dijo que su caballo nunca lo había traicionado, por lo que, si no se avenía a darse la vuelta, habría que confiar en él.

De pronto, en la espalda de la mujer del vestido blanco se desplegaron dos enormes alas, como las de los cisnes, pero mucho más grandes... “¿Una *vila*?” – se preguntó Rádoje—. Tantas cosas se decían de aquellas damas sobrenaturales de las montañas, que habían ayudado a los héroes del pasado; pero el joven Rádoje nunca había visto a ninguna; siempre había pensado que aquello serían solamente fantasías, aunque también, secretamente, había deseado que fueran verdad, pues, a veces, se cuentan cosas tan bellas que merecen ser verdad.

Nevaba. Entre la nieve y el viento, la dama de blanco se elevó en el aire, batiendo suavemente las alas, se dio la vuelta y voló en dirección a Rádoje y a su caballo. Impresionado, el animal frenó, vaciló, se encabritó; pero la dama blanca venía hacia ellos por el aire; al llegar a su altura, se posó suavemente en tierra, delante del caballo, plegó las alas, puso sus manos a los lados de la cabeza del animal, las llevó hacia sus crines, y el caballo se detuvo, aunque todavía tembloroso e inquieto. Rádoje observó que la dama blanca tenía una estrella sobre la frente, que inclinaba la cabeza, la apoyaba sobre la frente del caballo, y este se calmaba, y Rádoje podía ver, atónito, cómo, en la frente del animal, surgía un largo cuerno resplandeciente... “O sea, que así es como nacen los unicornios”, pensó Rádoje, “cuando una... ¿Una *vila*? ¿Será verdaderamente esta mujer una *vila*?”.

Rádoje no se atrevía a preguntárselo, pues recordaba que esa pregunta, según se decía, ofendía profundamente a las *vile* (que es el plural de *vila*, en serbio).

La *vila* miró a Rádoje, sin decir nada, con un gesto que parecía infundirle confianza; tomó las riendas del unicornio, y este la siguió dócilmente al paso, entre los árboles. La nieve y el viento arreciaban. La *vila* corría cada vez más, y el unicornio la seguía a galope, mientras ella, sin soltar las riendas, volvía a levantar el vuelo, cubriendo al animal y al jinete con sus alas, y, si bien en torno rugía la ventisca y la nieve se arremolinaba (parecía que estaban vaciando las reservas del cielo sobre ellos), todo estaba en calma por donde iba Rádoje a lomos del unicornio, bajo las alas de la *vila*. Era increíble, se decía Rádoje: nadie había podido jamás alcanzar siquiera a un unicornio, ni, menos aún, montarlo, y, sin embargo, allí estaba él, cabalgando sobre uno... Si el animal confiaba en seguir a la *vila*, pensó Rádoje, sería porque podía. Habría que confiar en él.

Así llegaron a una pequeña alameda. Las ramas de los árboles no tenían más vestido que la nieve. La *vila* descendió sobre uno de los álamos blancos, lo rodeó con sus alas y brazos, y la nieve desapareció de las ramas del árbol, que se cubrió de hojas como si fuera primavera. Rádoje observó que el álamo blanco tenía una rama desgarrada, aunque no caída. La *vila* abrió sus brazos y alas, las hojas desaparecieron, y la nieve volvió a engalanar las ramas del árbol. Ella hizo un gesto de afirmación, como para responder a la pregunta que Rádoje, perplejo, no había llegado a formular; volvió a echar a andar, guiando al unicornio, y este la siguió al paso.

Fueron caminando cada vez más deprisa. El crepúsculo avanzaba, y Rádoje pensaba que debía volver al castillo antes de que anocheciera; pero su acompañante levantó el vuelo y los condujo a otro lugar, no demasiado lejos de los álamos, donde se veía un ciprés también cubierto por la nieve. La *vila* se posó en tierra, suavemente, junto al ciprés, lo rodeó con sus alas y brazos, y la nieve que cubría el árbol desapareció. Ella se apartó, y la nieve volvió a cubrir el ciprés. La *vila* hizo un gesto de afirmación y se alejó un poco del ciprés, seguida dócilmente por el unicornio y por Rádoje.

VI

Ya era casi de noche, y Rádoje se preguntaba cómo iba a encontrar el camino de vuelta al castillo en medio de la nevasca; pero la *vila* se detuvo y, sin decir palabra, agarró la mano del príncipe y tiró suavemente de él, para que desmontara. Perplejo, aunque fascinado, Rádoje bajó del unicornio. Entre el rumor del viento, empezó a escucharse una

misteriosa música, la *vila* enlazó al príncipe y lo guió en una danza fantástica alrededor del ciprés, de vuelta hacia el álamo blanco, y desde este otra vez hasta el ciprés, con el unicornio siempre haciendo cabriolas alrededor de ellos; mientras tanto, ella, con una delicada voz de contralto, como de viola, cantaba una canción cuyo contenido venía a ser este¹⁰:

—Escúchame bien, príncipe Rádoje. Como ya sabes por la canción del *gúslar*, bajo esos árboles yacen otro *gúslar* y una doncella que lo admiró en vida. Yo los conocí. Ninguna flor llegó a abrirse entre aquellas personas, que fueron enterradas lo bastante lejos como para que, si nacían árboles sobre ellas, no llegaran a entrelazar sus ramas. Pero parece que este ciprés y este álamo blanco conservan algo de la simpatía que pudo haber entre quienes yacen bajo ellos. El álamo blanco admiraba la solemnidad austera y elegante del ciprés, y a este también le inspiraba simpatía la grácil figura del álamo blanco, y la donosura y ligereza con las que se mueven sus ramas cuando el viento recorre la ladera. Al cabo de algunos años, otros árboles fueron creciendo entre ellos, de manera que el ciprés y el álamo blanco no pueden ya verse en la distancia. Pero el viento, las aves y otros animales del bosque llevaban mensajes entre los dos árboles, pues también los árboles tienen su lenguaje... Escucha... ¿Oyes?

Rádoje no distinguía nada de particular en el rumor de la nevasca; además, estaba demasiado perplejo para responder. La *vila* continuó:

—Casi nadie entiende el lenguaje de los árboles, ni siquiera sabe escucharlo... (Yo sí... Yo te enseñaré¹¹...)

»Al ciprés le agradaba cómo sonaba el viento que llegaba hasta él tras pasar entre las ramas del álamo blanco, y a este le entusiasmaba el aire solemne y recatado que lo alcanzaba tras pasar por las ramas del ciprés. En el aire del ciprés, al álamo blanco le parecía que susurraba una profunda y noble sabiduría; pero también, algunas veces, el aire del ciprés le hacía mucha gracia, pues también los árboles tienen su sentido del humor. Y al ciprés le impresionaba la delicadeza, la vivacidad y la frescura del aire del álamo blanco.

»Pero, un día, otros árboles, que habían alcanzado recientemente una cierta altura, hicieron que fuera muy distinto el viento¹² que recorrió la ladera del monte donde estaban el ciprés y el álamo blanco. Aquel viento embistió al álamo blanco, retorció su tronco, aunque no llegó a derribarlo, y lo hirió en una de sus ramas más bellas. ¿Sabes tú, por cierto, príncipe Rádoje, adónde mira el ruiseñor, cuando cruje una rama¹³?

Rádoje, cada vez más sorprendido, no sabía qué responder. La *vila* sonrió pícaramente y continuó:

—No contento con aquel atropello, el viento, tras llegar hasta el ciprés, ya no volvió por donde estaba el álamo blanco. Y este quedó muy extrañado al no recibir respuesta de su amigo, quedó añorando el rumor del aire que hubiera pasado entre las ramas del ciprés, que tal vez hubiera podido sanar la rama desgarrada del álamo blanco.

»Pasó el tiempo. El viento que pasaba entre las ramas del álamo blanco llegaba algunas veces hasta el ciprés y le pedía ayuda para aquel; pero luego otros árboles lo desviaban, con lo que era como si el ciprés apenas pudiera responder. Algunas veces, el álamo blanco llegaba a saber algo de su amigo, gracias a las aves, los corzos y las ardillas del bosque; pero aquello no era casi nada en comparación con lo que había sido, en comparación con el canto del viento en las ramas del ciprés, que el álamo blanco añoraba¹⁴.

»Nadie puede sanar la rama herida del álamo blanco. Yo misma no tengo poder para hacerlo, a pesar de que hace siglos que habito en estos montes y protejo sus bosques. Solamente el aire que pase por las ramas del ciprés puede sanar la herida del álamo blanco; pero el viento, al desviarse, lo impide, y nadie sabe qué mágicas palabras o qué mágica música deberá formar el viento entre las ramas del álamo blanco para que el ciprés pueda responder de tal manera que su respuesta no se pierda en el aire. ¡Y solamente Dios puede guiar el viento!

»Monta ahora en el unicornio y ven conmigo.

El príncipe obedeció y siguió a la *vila* al paso. Caminaron largo tiempo por los bosques, a la luz inmaculada de las alas de la *vila*, hasta que llegaron a una pequeña ermita, en lo más escarpado del monte, donde el príncipe nunca había estado. Junto a la ermita, había una fuente cuyas aguas sonaban suavemente¹⁵. La *vila* invitó al príncipe a tomar un sorbo del agua de aquella fuente y le dijo:

—Te confío una misión, príncipe Rádoje. Ven aquí todos los días 3 de cada mes. Toma un sorbo del agua de la fuente, para que tu boca esté pura cuando reces, ¡y pídele a Dios que el viento acierte a formar, entre las ramas del álamo blanco, el canto al que el ciprés pueda responder de manera que sane la herida del álamo blanco! Cuando salgas, recoge agua de la fuente, ve a donde están el ciprés y el álamo blanco, y derrámala en la tierra, junto a ellos. Y, si alguna vez el viento que pase por el álamo blanco consigue, con su rumor y su frescura¹⁶, que el ciprés responda, este sanará la rama herida de su amigo, y los dos árboles volverán a cantar juntos y en armonía con todos los demás árboles y con todo el universo, sin que el viento que pase por ellos haga sufrir a ningún otro árbol.

»En cuanto a ti, escucha atentamente el rumor del viento en este bosque¹⁷. Yo te iré enseñando a comprenderlo, y así, cuando los dos árboles vuelvan a cantar juntos, tú lo escucharás. Ve a verlos, entonces, para asegurarte, y ven, a continuación, a la ermita, para agradecerlo. Vuelve a hacerlo así todos los días 3, 12, 21 y 30 de cada mes; vela para que nadie haga daño a ningún ser vivo en tu país, escucha lo que se digan los dos árboles (escúchalo también desde la biblioteca de tu castillo) y ponlo en un poema. Ahora debo marcharme. Cuando tu poema vaya avanzando, alguna vez, en algún punto del camino entre el ciprés y el álamo blanco, yo vendré a verte de nuevo, para que me recites lo que hayas escrito, y yo le pondré música.

La *vila* envolvió al joven Rádoje en sus alas, aproximó su rostro al del príncipe... y este despertó.

VII

Rádoje no podía creer que estuviera en su aposento. Se preguntó si todo aquello habría sido un sueño; pero recordaba perfectamente haber salido del castillo, su expedición por el bosque, la nevasca, el encuentro con la *vila*... Además, contra todo lo que se contaba sobre los encuentros y los bailes con las *vile*, se sentía lleno de vigor; parecía que la *vila* le había infundido una sorprendente vitalidad. Cuando se encontró con su tío y con los demás habitantes del castillo, nadie le manifestó ninguna extrañeza porque hubiera estado fuera demasiado tiempo, nadie parecía haberlo echado de menos. Fue a ver a su caballo, y este ya no tenía el cuerno que resplandecía en su frente; pero sí tenía una estrella como la que brillaba en la frente de la *vila*. Para comprobar que todo aquello no había sido un sueño, decidió volver a ir a buscar los árboles y la ermita que le había mostrado la *vila*. Aquel día brillaba el sol entre las nubes. Sí, allí estaban los árboles y la ermita; pudo encontrarlos incluso sin que la *vila* lo guiase (o, al menos, sin que él la viera), y así lo siguió haciendo, conforme a las instrucciones que ella le había dado, durante el resto de su vida.

VIII

Ha pasado mucho tiempo. El anciano *vládyka*, a quien se recuerda como “el *vládyka* grande y santo”, murió en 1830. El joven Rádoje le sucedió con el nombre de Pétar II Petróvič Njegoš, hizo mejor la vida de las gentes de su país y llegó a ser uno de sus más

grandes poetas, considerado como el Dante eslavo. Murió en 1851, según dicen; pero la verdad es que, lejos ya de las tareas de gobierno, todavía se le sigue viendo cabalgar por los bosques de Montenegro, a lomos de su caballo (al que, en esas ocasiones, le vuelve a salir un cuerno que resplandece en su frente). Incluso bajo las más recias tempestades¹⁸, sigue yendo, envuelto en su larga capa¹⁹, a ver el álamo blanco y el ciprés, subiendo a la ermita que le indicó la *vila* y escuchando atentamente el canto del viento entre los árboles. Durante sus correrías, sigue auxiliando a las personas que encuentra, poniendo paz entre los bravíos montañeses y evitando que nadie haga daño al bosque y a los animales que lo habitan. Cuando anochece, el cuerno del unicornio alumbra su camino, y se ve su luz entre los árboles.

También se ve a Rádoje en la biblioteca del castillo, donde sigue aprendiendo lo que no le dio tiempo a aprender en la primera etapa de su vida (ahora, por ejemplo, está estudiando armenio e irlandés antiguos, en unos viejos libros que ha encontrado por casualidad, recientemente, que aún no sabía que los tenía y que contienen notas manuscritas de su tío, que también aprendió esas lenguas siendo ya anciano). También desde allí escucha el rumor del viento y acecha el instante en el que el ciprés y el álamo blanco vuelvan a cantar juntos y en armonía con todos los demás árboles y con todo el universo, sin que el viento que pase por ellos haga sufrir a ningún otro árbol.

IX

Quizá también, cuando eso ocurra (¡oh, tú, que lees o escuchas esta leyenda del canto de los bosques de Montenegro!), quizá también entonces nos encontraremos. En cuanto al príncipe poeta..., iremos a verlo (será ya muy mayor..., o quizá ya no tenga edad). Iremos a verlo para que nos enseñe su castillo y su biblioteca, para que nos lleve a ver el ciprés, el álamo blanco y la ermita y la fuente en las montañas (no sabemos si a su caballo le seguirá saliendo un cuerno que resplandezca en su frente, cuando vayamos con ellos nosotros también²⁰). E iremos a verlo, por último, para que nos recite, en su lengua original, lo que lleve escrito del poema que la *vila* le sugirió que escribiera, y que él habrá pasado ya siglos (tantos como vivan los árboles) escribiendo para ella. Y es que también él, secretamente, quiere volver a verla.

Madrid, 26 de junio de 2021 al 28 de junio de 2022.

Perfil del autor(a): Francisco Molina Moreno es doctor en filología clásica y licenciado en filología eslava, investigador, traductor y aprendiz de trovador. También ha impartido clases en la Universidad Estatal de Kubán (Krasnodar, Rusia), en la Universidad Complutense de Madrid y en el campus de la "Saint Louis University" en Madrid.

Como investigador, se dedica al estudio de la música y de los países imaginarios en las mitologías clásica, eslava e hindú. Ha prestado especial atención a la doctrina música de las esferas, a su recepción en la obra del compositor ruso Aleksandr Skrjabin, y a las "rusalki" (personajes afines a las sirenas y ninfas, en el folclore eslavo oriental).

Entre sus trabajos de investigación, destacan:

Winged Mythical Singers of Cosmic Music (en línea, en <http://eprints.ucm.es/23744/>, 20 de diciembre de 2013).

«Migrating Fabulous Half-Birds? Sirens and Sirin», en *Palaeoslavica*, XXII, 1 (2014), pp. 233-46 (<http://eprints.ucm.es/27173/>, 24 de octubre de 2014;

«La vida amorosa de las *rusalki*», en *Liburna*, 10 (mayo de 2017), pp. 101-42, en https://www.academia.edu/34097979/La_vida_amorosa_de_las_rusalki_The_Love_Life_of_the_Rusalki_in_Liburna_10_mayo_de_2017_pp._101-42 (1 de agosto de 2017).

Scriabin, por el misterio hacia el éxtasis, Madrid, Mitáforas Editorial, 2021 (ISBN 978-84-09-27069-9), 356 pp., en

https://www.academia.edu/50935955/Scriabin_por_el_misterio_hacia_el_%C3%A9xtasis_by_Francisco_Molina_Moreno (4 de septiembre de 2021).

Ha publicado también algunos ensayos de creación literaria en esta misma revista.

Puede visitarse también su canal de YouTube en

<https://www.youtube.com/user/Kobzar3374/videos>

Contacto: < kobzar3374@gmail.com >

¹ Los derechos de autor de esta leyenda figuran inscritos en el Registro Territorial de la Propiedad Intelectual con el número de asiento registral 16/2021/8546, con fecha del 15 de noviembre de 2021. Sugerimos al lector que lea el relato seguido y solamente consulte las notas, si lo desea, a continuación.

² Voigt, Eva-Maria, 1971: *Sappho et Alcaeus. Fragmenta*, Amsterdam, Athenaeum-Polak & Van Gennepe, p. 71 (= p. 79 del PDF); cf. la traducción de Rodríguez Adrados, Francisco, 1986: *Lírica griega arcaica*, Madrid, Gredos, p. 365: "Y Eros sacudió mis sentidos, como el viento que en los montes se abate sobre las encinas". Conocemos este fragmento gracias a una cita de Máximo de Tiro, *Disertaciones*, 18, 9.

³ Véase Casona, Alejandro, 1978: *Flor de leyendas*, Madrid, Espasa Calpe (Selecciones Austral), pp. 163-4, y Eilhart von Olberg, *Tristrant und Isalde* (ca. 1170-80) vv. 9509-18, en http://www.hs-augsburg.de/~harsch/germanica/Chronologie/12Jh/Eilhart/eil_tr35.html (19 de julio de 2021): *man grüb sie beide in ein grab. / ich enweiz, ab ich ûch sagin mag, / idoch hôrte ich sagin alsus, / daz der koning einen rôsenpusch / lîze setzin ûf daz wîp, / und einen ûf des mannes lîp / von eime edelin wînrabin. / dô wochsin sie zesamen / daz man sie mit nicheinen dingen / von ên andir mochte bringen*, es decir: "Se les enterró en una tumba. / Yo no lo sé, pero os lo puedo decir, / pues lo escuché decir así, / que el rey hizo poner un rosal / sobre la mujer, / y uno sobre el cuerpo del hombre, / de una (¿?) noble vid. / Allí crecieron ambos juntos, / de manera que con nada / se pudo separarlos", traducido con ayuda del diccionario de alto alemán medio disponible en <https://www.koeblergerhard.de/mhdwbhin.html>, 19 de julio

de 2021. Cf., también, la traducción de Millet, Víctor, 2016: *Eilhart von Oberg. Gottfried von Strassburg. Tristán e Isolda*, Madrid, Siruela, pp. 204-5, en <https://es.scribd.com/book/295996277/Tristan-e-Isolda>, 25 de julio de 2021.

⁴ Darby, H. C., 1966: “Montenegro”, en Darby, H. C., *et al.*, 1966: *A Short History of Yugoslavia*, Cambridge, University Press, trad. esp. de Pereda y Torres Quevedo, M^a Fernanda, 1972: *Breve historia de Yugoslavia*, Madrid, Espasa Calpe, p. 86.

⁵ Agradecemos a Divna Nikolić su información sobre la acentuación de esa palabra.

⁶ El término *gusle* es femenino plural, en serbio; pero se emplea también para designar el instrumento en singular.

⁷ La frase está tomada de la película *Braveheart*.

⁸ Algunos datos históricos han sido tomados de https://es.wikipedia.org/wiki/Pedro_II_de_Montenegro y https://sr.wikipedia.org/wiki/%D0%9F%D0%B5%D1%82%D0%B0%D1%80_II_%D0%9F%D0%B5%D1%82%D1%80%D0%BE%D0%B2%D0%B8%D1%9B_%D0%8A%D0%B5%D0%B3%D0%BE%D1%88 (6 de diciembre de 2021).

⁹ En la tradición oral de los eslavos meridionales, las *vile* (plural de *vila*, en serbio) son personajes femeninos imaginarios, semejantes a las ninfas de la mitología clásica y a las hadas del folklore de diversos pueblos célticos y germánicos. Vid., p. e., Máchal, J., 1918: “Slavic Mythology”, en Gray, L. H. (ed.), 1918: *The Mythology of All Races*, Boston, Marshall Jones Co., vol. III, pp. 215–398, esp. pp. 256-60.

¹⁰ Las *vile* siempre hablan en verso; pero el ritmo de sus versos no se puede reproducir en la versificación española.

¹¹ Palabras de Beethoven a su sobrino, en la película *Immortal Beloved*, dirigida por Bernard Rose (1995).

¹² “*Exhaló de su mente un viento distinto, impío*” (Esquilo, *Agamenón*, v. 219, en la traducción de Perea Morales, Bernardo, 1986: *Esquilo. Tragedias*, con introducción de Manuel Fernández Galiano, Madrid, Gredos, p. 381; cf. texto original en West, Martin Litchfield [ed.], 1990: *Aeschylus. Tragoediae*, Stuttgart, Teubner, p. 202: φρενὸς πνέων δυσσεβῆ τροπαίαν).

¹³ Frase tomada del título de una obra de Hugo Pérez, con música de Mikhaíl Studionov, representada en el Teatro Español en 2013.

¹⁴ Quizá el álamo blanco ignoraba las palabras que, en

<https://www.facebook.com/photo/?fbid=1444681222541481&set=gm.10158470259158878>, 21 de noviembre de 2021, se atribuyen al poeta persa Rumi: “*Del corazón a los labios corre el hilo que teje el secreto de la vida. Las palabras rompen el hilo; pero el secreto habla en el silencio*”.

¹⁵ “*Aquella eterna fuente está escondida, / ... / Su origen no lo sé, pues no le tiene, / ... / Bien sé que suelo en ella no se halla... / Sé ser tan caudalosos sus corrientes, / que infiernos, cielos riegan, y las gentes, / aunque es de noche*” (San Juan de la Cruz, “Aunque es de noche. Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe”, en Rivers, Elias L., ³1981: *Poesía lírica del Siglo de Oro*, Madrid, Cátedra, p. 179).

¹⁶ Ὅν δ' ἔψυξας ἔμην φρένα καιομένην πόθῳ (Safo, fragmento 48 de la edición de Voigt, citada en 1, p. 72, y la traducción de Rodríguez Adrados, Francisco, 1986: *Lírica griega arcaica*, Madrid, Gredos, p. 365: «*Y has refrescado mis sentidos, que ardían de añoranza*»). Conocemos ese fragmento gracias a una cita del emperador Juliano el Apóstata, *Epistulae dubiae vel spuriae*, 183, en Bidez, Joseph, et Cumont, Franz, 1922: *Imp. Caesaris Flavii Claudii Iuliani Epistulae, leges, poematia, fragmenta varia*, Paris, Les Belles Lettres, p. 240-1.

¹⁷ Atribuyen a Claude Debussy esta frase: “*No escuches más consejo que el del viento entre los árboles. Puede contar la historia entera de la humanidad*”

(<https://www.facebook.com/photo?fbid=1548850871974859&set=gm.3964261110319184>, 9 de julio de 2021).

¹⁸ “*Mal tiempo para subir a Urbión. Dios le guarde de una tormenta en aquellas sierras*” (Antonio Machado, *La tierra de Alvargonzález*, en Machado, Antonio, †1979: *Poesías completas*, Madrid, Espasa-Calpe [Selecciones Austral], p. 160).

¹⁹ “*... y los pastores / pasan cubiertos con sus luengas capas*” (Antonio Machado, *Campos de Soria*, I, vv. 11-2, en Machado, Antonio, †1979: *Poesías completas*, Madrid, Espasa-Calpe [Selecciones Austral], p. 154).

²⁰ “*El paraje es conocido; pero el momento lo trastorna y lo hace extraño, ruinoso y monumental. Se dijera, a cada instante, que vamos a descubrir un palacio abandonado...*” (Jiménez, Juan Ramón, †1976: *Platero y yo*, Madrid, Ediciones de Arte y Bibliofilia, p. 13).